

las ejecuciones? Si así es, Dios la perdona; pero, por más reina que sea, preferiría continuar siendo el que soy, en vez de ocupar su alto puesto.

—Venga usted—repetí.—Creo que, luego de haber visto a Su Majestad, modificará usted sus juicios acerca de ella.

—Al fin y a la postre—dijo el viejo,—las cosas no pueden tomar peor cariz del que tienen; la sigo, señora.

Y se levantó.

Yo inicié la marcha. Al llegar a la puerta de la iglesia, don José se me adelantó, mojó sus dedos en la pila y me ofreció el agua bendita.

Viendo que mi mano no se movía para humedecer mis dedos en los suyos:

—Soy protestante—le dije.

Esta manifestación pareció desvanecer el resto de esperanza que brillaba en su frente; maquinalmente hizo el signo de la cruz, lanzó un suspiro, incluyó la cabeza sobre el pecho y me siguió.

Subimos en el coche.

—¡Al palacio real!—dijo al cochero.

Cinco minutos después, el carruaje paraba al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de la Reina.

El viejo estaba sombrío como la desesperación y pálido como la muerte.

Antes de entrar en la sala donde nos esperaba la Reina, me cogió la mano y se apoyó en el marco de la puerta.

Estaba a punto de desfallecer.

—¡Un momento, por favor!—me dijo.

En el fondo de mi alma había desaparecido toda alegría. ¡En qué opinión se tenía a la Reina! Ella era la que sentenciaba por boca de los jueces, la que ejecutaba por mano del verdugo.

Por fin, don José recobró sus fuerzas; hice un signo al ujier, y se abrió la puerta. La Reina oyó el ruido de nuestros pasos, y preguntándose a sí misma qué hacíamos en la pieza inmediata, se puso en pie y vino a nuestro encuentro.

Su semblante tenía una expresión hosca, casi de enfado; porque María

Carolina adivinaba lo que había ocurrido.

Empujé a don José a los pies de la Reina, diciéndole:

—Aquí está la que tiene en sus manos el perdón de su hijo. Pídaselo usted como se lo pedía a la Virgen, y lo obtendrá.

El pobre viejo cayó de rodillas, con las manos entrelazadas, y diciendo por toda súplica:

—¿Es verdad, señora?

—¿Qué?—preguntó la Reina con acento breve e imperioso.

—¿Que Vuestra Majestad me concederá el perdón de mi hijo, si se lo pido?

—Creo que nadie se habrá comprometido en mi nombre—dijo Carolina mirándome con la dureza que a veces despedían sus ojos.

—No, señora—respondí;—pero he dicho a un padre que pedía, postrado en el altar de la Virgen, por la vida de su hijo: Venga, y le llevaré ante una reina, hermosa y misericordiosa como una Virgen.

—¡Señora, señora!—dijo don José, que recobraba un poco de valor, sintiéndose apoyado por mí.—Vuestra Majestad lo puede todo; Vuestra Majestad es la Reina, más aún Vuestra Majestad es el Rey. ¡Perdón, señora, perdón para mi hijo! Ha cumplido veinte años, hace tres días. Es mi único hijo, señora. Contaba con él para ayudarme a morir; jamás había cruzado por mi mente la idea de sobrevivirle. ¡Señora, por sus hijos, por el príncipe Francisco, por el príncipe Leopoldo, por su último hijo, en cuna todavía, por el príncipe Alberto, yo ruego, suplico y conjuro a la señora, a la Reina, a la Majestad, para que tenga compasión de mi hijo!

—¡Señora, señora!—dije a la Reina, juntando mi súplica a la de don José y besándole la mano.

—Y si yo hiciese algo por su hijo, señor, ¿se negaría él, por su parte, a hacer algo por mí?

—¿Por Vuestra Majestad, señora? ¿por Vuestra Majestad, rica, joven, bella, poderosa? ¿Y qué quiere Vuestra

Majestad que haga, Dios mío? ¡Dígallo, dígallo! y toda mi autoridad paternal será ejercitada para que él la venera y la sirva de rodillas durante el resto de su vida.

—Su hijo es un jacobino, señor—dijo la Reina.

Don José la interrumpió.

—¡El, jacobino! ¿Por ventura sabe lo que es un jacobino? ¿Sabe Vuestra Majestad, señora, que hace tres años que está encarcelado? Tenía, cuando lo fué, diez y siete años. ¿Acaso tiene opinión un niño de diez y siete años? Se hizo cortar los cabellos, señora: ése constituye su único crimen. Pero, en estos tres años de prisión, sus cabellos han tenido tiempo de crecer.

—No importa, él sabe algo de la conspiración que nos amenaza; que haga revelaciones, y le perdonaré, lo mismo que a sus dos compañeros.

—¡Revelaciones!—exclamó el infortunado padre,—¡revelaciones! Pero, ¿tiene algo que revelar? ¿Podría hablar, ignorando esa conjuración de que Vuestra Majestad habla, señora, y que sólo existe en la imaginación de los jueces? ¿Cómo quiere usted que revele lo que no sabe? Por otra parte, ¿quién le comunicará esas condiciones? ¿quién tendrá una palabra bastante autoritaria para vencer sus escrúpulos, si los tuviese? ¿quién le mandará en nombre de su padre vivir a tal precio? ¡Ah! nadie, acaso solamente yo... ¡y quién sabe!

—Usted, señor, es el que irá a ver a su hijo.

—¿Voy a ver a mi hijo, a mi Manuel?—dijo, apretándose con ambas manos la frente.

—He aquí un papel para don Benito Palmieri, el procurador fiscal. Le digo que le permita a usted ver a su hijo y dejarle conversar con él por espacio de una hora, sin testigos.

—¿Cuándo, señora, cuándo?... Considere Vuestra Majestad que hace tres años que no le veo.

—Esta noche, de diez a once.

—Y si no encontrase a don Basilio en su casa?

—Vería a su hijo mañana, en vez de verle esta noche.

—Son las nueve, señora, y no tengo que perder un solo instante.

—Pues, no le retengo; ¡vaya usted!

—¡Ah! me parece que voy a enloquecer de alegría.

—¿Qué busca usted?

—Su mano, señora, su mano para besarla.

La Reina le tendió su mano. María Carolina estaba fuertemente impresionada; y si el pobre viejo hubiese podido leer, como yo, en su corazón, habría insistido y obtenido, sin condición, la vida de su hijo.

—Por desgracia, no lo hizo; se precipitó fuera de la cámara real, repitiendo:

—¡Mi hijo, mi hijo, mi Manuel!... Y el ruido de sus pasos se extinguió al mismo tiempo que el eco de su voz.

LXVIII

La Reina y yo quedamos solas.

María Carolina estaba conmovida; pero su corazón de acero tenía necesidad, para rendirse, de otras emociones.

—¡Ahora, nosotras!—dijo.

Yo no me había despojado de mi chal; la Reina se puso el suyo, se bajó la toca hasta los ojos, y, cogiéndome del brazo, me condujo hacia la escalera.

Subimos en el mismo coche del cual yo me había servido para ir a la calle de Santa Brígida.

El lacayo cerró la portezuela.

—¡A la Vicaría!—dijo la Reina.

El carruaje empezó a rodar velozmente, y se internó en el dédalo de calles que conducen al viejo palacio Capuano.

Varias veces había yo pasado junto a aquellas murallas; pero ahora iba a penetrar en el fúnebre recinto donde

los condenados, puestos en capilla, sufrían una agonía de tres días.

Era evidente que iba a presenciarse alguna cosa sombría, terrible, nunca vista por mí.

Me apoyé temblando en la Reina, que estaba rígida y fría como el mármol. Era preciso que hubiese sufrido horriblemente, para haber llegado a tal grado de insensibilidad.

Llegamos, y en el acto se abrió la puerta que daba acceso al patio.

Al pie de la escalera, con una linterna en la mano, veíase a un hombre.

El lacayo abrió la portezuela del coche, la Reina se apeó y dirigióse hacia aquel hombre.

La seguí tropezando.

—¿Es usted el alcaide?—preguntó la Reina con el acento autoritario que le era propio.

—Sí, señora.

—¿Me esperaba usted?

—Espero a una persona que debe entregarme una orden del señor procurador fiscal.

—He aquí esa orden.

—¿Me permite usted que la lea?

—Es su obligación.

El alcaide leyó la orden consabida, dobló el papel y lo llevó al bolsillo.

—Ahora, señora—dijo,—es usted la que debe mandar, y yo el que debo obedecer. ¿Qué quiere usted?

—El padre del condenado Manuel de Deo ha obtenido del señor procurador fiscal permiso para pasar una hora con su hijo; quisiera yo asistir a esa entrevista, y oír lo que hablen, si es posible, pero de modo que no sospechen que se los escucha.

—Nada más fácil, señora; los tres prisioneros están en la cámara de los muertos. Denomínase así la pieza en la que los condenados pasan los tres últimos días de su vida. Ese aposento comunica, por un lado, con la capilla; por el otro, con el guardarropa donde la cofradía de los *bianchi*, que acompaña a los reos al patíbulo, guarda sus largas y blancas túnicas. En dicha estancia, a la que se entra por una escalera secreta, sin necesidad de atravesar la capilla ni la cámara de los muertos,

hay agujeros invisibles, abiertos con objeto de que los jueces puedan escuchar las conversaciones de los condenados y hasta sorprender sus movimientos. Usted podrá ver y oír desde allí todo lo que ocurra en la cámara de los muertos.

—Está bien. ¡Vamos!

El alcaide abrió la reja; la Reina franqueó la entrada y subió resueltamente la obscura escalera que se encontraba a pocos pasos.

—¡Oh! ¡señora, señora! ¡espéreme!—exclamé.

La reja volvió a cerrarse.

Carolina había llegado al primer rellano; yo la busqué a tientas, porque, debido a nuestros vestidos negros, estábamos completamente invisibles en la obscuridad.

El alcaide pasó cerca de nosotras, y su linterna derramó una pálida luz sobre las ennegrecidas paredes.

En el primer piso, una segunda reja cerraba la escalera en todo su ancho.

El alcaide la abrió, la franqueamos, volvió a cerrarse y yo me sentí doblemente oprimida. A todos los que entran en una prisión les parece que sus puertas siniestras no han de volver a abrirse.

Penetramos en un corredor húmedo y estrecho. De vez en cuando, a la luz de la linterna, veíamos en el interior de los calabozos, a los prisioneros incorporarse en sus lechos de paja. Me sentía presa de terrores infinitos, y parecidos a los que se experimentan en los lugares desconocidos y terribles. A trechos, nos deteníamos, al encontrar una reja que nuestro acompañante abría y volvía a cerrar; y cada vez que eso ocurría, parecíame, como a Dante, que bajaba un nuevo escalón del infierno. Si hubiese estado sola con el hombre que nos guiaba, me habría desmayado; si me hubiese encontrado absolutamente sola, me habría muerto de espanto.

Llegamos al extremo de un corredor que conducía a una escalera estrecha y cerrada por una reja de barrotes entrecruzados.

El alcaide dijo en voz baja:

—Sólo falta abrir esta reja y subir la escalera, y habremos llegado.

—Abra usted—dijo la Reina, con un acento en el que era imposible percibir la menor emoción.

El carcelero obedeció, pero con unas precauciones que denotaban que, realmente, íbamos a terminar nuestra jornada y que no quería ser oído de los que eran objeto de la misma. Los goznes y cerrojos de esta última reja se abrían y cerraban sin producir el más leve ruido.

Llegamos a una especie de amplio gabinete en el que la Reina entró con resuelto paso; pero yo me quedé en el umbral.

De las paredes pendían, semejando sombras inmóviles, las largas túnicas blancas de los *bianchi* destinadas a los condenados al ser éstos conducidos al suplicio.

La Reina vió mi terror y adivinó su causa. Sin desplegar los labios, llevó la mano a uno de aquellos vestidos y lo sacudió de modo que yo pudiese convencirme de que nada se ocultaba en él, ni siquiera una fantasma. Y después, me hizo un signo para que entrase.

El carcelero le mostró unos agujeros practicados en el maderamen, hechos de modo que eran invisibles del lado de la cámara de los muertos. Por lo demás, una vez en esa cámara, los prisioneros, privados de la libertad de sus movimientos, no podían escudriñar nada absolutamente.

Además, una especie de tubo de hojalata, a manera de bocina, se adaptaba al oído, al mismo tiempo que el ojo a la abertura; de modo que la persona oculta en el gabinete, podía, a la vez, oír y ver lo que pasaba en la cámara de los muertos.

Había dos de esas aberturas, e igual número de tubos.

El alcaide los puso a nuestra disposición.

—Espérenos usted en la escalera, al lado de la reja—le dijo la Reina.

El carcelero dejó la linterna en el suelo; la Reina la recogió y se la puso nuevamente en la mano.

Quedamos a obscuras; sin embargo, como la cámara de los muertos, para ser digna de su nombre de capilla ardiente, estaba iluminada *a giorno*, por los resquicios de las paredes aparecían dos puntos luminosos, indicando la dirección exacta del sitio en que debía aplicarse el ojo. Nos acercamos a la pared, y nos pusimos a observar.

En una sala cuadrada, de mediana capacidad, había tres colchones en el suelo y acostados encima de ellos vimos a los tres condenados Manuel de Deo, Gagliani y Vitagliano. Tenían las manos y los pies sujetos por argollas empotradas en el pavimento. Las argollas de las manos, colocadas en la extremidad de una cadena de tres o cuatro pies, les permitía sentarse en la cama y levantar la mano a cierta altura.

Los tres colchones estaban arrimados a la pared, uno al fondo de la habitación, frente a nosotras, los otros dos a derecha e izquierda, respectivamente. El de la derecha, ocupado por el joven Manuel de Deo, estaba adosado a un fresco pintado en la pared, el cual representaba a Jesús en cruz y a María arrodillada a sus pies.

Frente a ese fresco ardían unos veinte cirios cuya luz formaba alrededor del prisionero algo parecido a un muro de fuego.

Estaba sentado en su lecho, tal como el cuadro de David nos representa a Sócrates en el momento de beber la cicuta; pero, en vez del viejo sabio de frente surcada de arrugas, diciendo a los atenienses: «No valía la pena de quitarme la vida; bastaba con haberme dejado morir», veíamos a un bello joven de griego perfil, pálida tez, ojos llenos de luz, largos y negros cabellos que caían en bucles sobre sus hombros; porque, según había dicho su padre, sus cabellos habían crecido durante los tres años de prisión.

No sé qué sentimiento de piedad o de admiración la vista de Manuel pudo inspirar a la Reina; pero, en cuanto a mí, después de haber dirigido una rápida mirada a sus compañeros, clavé en él mis ojos sin apartarlos mientras permanecimos en aquel lugar.

Un pintor habría trazado un cuadro magnífico de aquel joven, profusamente iluminado por los cirios que le rodeaban, encadenado sobre un colchón al pie de ese fresco en el que se apoyaba su cabeza, hablando a sus compañeros acerca de la inmortalidad y la muerte, lo mismo que un profeta.

Estaba realmente soberbio, magnífico, y se habría dicho que era Juan, el discípulo predilecto de Cristo, si en vez de ser negros sus cabellos, hubiesen formado la rubia cabellera con que representa al apóstol el inmortal autor de *la Cena*, Leonardo de Vinci.

LXIX

Cuando nosotras entramos, llegaron a nuestros oídos los acentos de una dulce melodía, y en el metro de los versos y su forma enérgica reconocí que el joven napolitano estaba declamando versos de Dante.

Como nuestra llegada no produjo ningún ruido y los prisioneros no podían sospechar que se los miraba y escuchaba, el condenado continuó recitando.

Ya he hablado de la impresión que experimenté al verle; he dicho también que tenía la actitud de Sócrates y la expresión inspirada de un profeta.

Seguramente él creía que sus dos compañeros estaban necesitados de un consuelo, porque les recitaba el canto XIV del *Paraiso*, en el que Dante, guiado por Beatriz, sube a las regiones de Marte, y encuentra allí a las almas de los que combatieron por la fe verdadera, las cuales, bajo la forma de lenguas de fuego, cubren la cruz y glorifican el santo crucifijo.

La verdadera fe, a los ojos de aquel joven entusiasta, era la libertad en aras de la cual se disponía a morir, y su esperanza, de la que procuraba hacer

participar a sus compañeros, había de ser, un día, una de aquellas melodiosas lenguas de fuego.

Ahora, después que he dicho lo que vimos, diré lo que oí.

Cuando la voz llegó con claridad a mis oídos, Manuel había ya recitado aproximadamente las tres cuartas partes del canto, y con voz vibrante, puesta la mirada en algo invisible, estaba en este verso:

Qui vince la memoria mia l'ingegno (1).

Sus amigos le escuchaban con la boca abierta y la sonrisa en los labios. Habríase creído que le decían: «¡Canta por vez postrera, hermoso cisne de la libertad!»

Continuó recitando. Al terminar uno de los versos, el condenado aparecía tan radiante de belleza, tan lleno de entusiasmo, tan convencido, que sus dos compañeros aplaudieron lo mismo que habrían aplaudido a un actor en el teatro, confundiendo el ruido de sus cadenas con el de sus aplausos.

De repente, se oyó de la cámara inmediata, es decir, de la capilla, este grito:

—¡Mi hijo! ¿dónde está? ¿dónde, mi hijo?

Manuel reconoció aquella voz.

Y olvidando que estaba encadenado, hizo un movimiento tan vigoroso para salir al encuentro de su padre, que una de las cadenas, la del brazo derecho, se rompió.

Pero, detenido en medio de su impulso por las argollas de las piernas y la cadena del brazo izquierdo, el joven cayó desplomado sobre su colchón rompiendo en gemidos.

En el mismo instante el viejo José de Deo apareció en la puerta y se arrojó en los brazos de su hijo, exclamando:

—¡Manuel! ¡querido Manuel!

Y ambos, padre e hijo, permanecieron un momento abrazados, mezclados los negros cabellos del joven con los blancos cabellos del anciano.

Se produjo un silencio de algunos

(1) *Paradiso*, canto xiv.

instantes, durante el cual sólo se oían los sollozos de José de Deo.

Este fué el primero que interrumpió aquel silencio.

—Ustedes saben—dijo a los dos carceleros que le habían acompañado,—que tengo el derecho de estar solo con mi hijo.

Sin duda los carceleros estaban advertidos de esa gracia acordada al pobre padre, porque, cuando éste les habló en los términos expuestos, ya habían empezado a soltar las cadenas que sujetaban a los otros dos jóvenes, que fueron conducidos a la capilla.

El padre y el hijo quedaron solos.

—¡Oh! señora—murmuré al oído de la Reina,—¿no le quitarán las cadenas, a fin de que en este instante de dicha que debe a Vuestra Majestad pueda olvidar que está prisionero?

—Si él pide ese favor—dijo la Reina,—le será otorgado.

Cual si los carceleros se hubiesen conmovido a su vez de semejante situación, volvieron a entrar, libraron de las argollas los pies de Manuel de Deo y lo desembarazaron de la cadena que sujetaba su mano izquierda.

El joven se levantó, sacudió la cabeza como un león que acaba de recobrar su libertad, y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ah, mi buen padre!—exclamó jovialmente como si hubiese desaparecido todo peligro,—¡cuánto placer hay en volver a verse!... ¿Y a qué milagro debo yo la dicha de su presencia y este instante de libertad?

—Es un milagro, en efecto, mi querido Manuel, y a duras penas puedo creer en él—respondió el viejo.—Estaba yo en la iglesia de Santa Brígida, rogando a Dios que viniese en nuestra ayuda, cuando una señora vino a buscarme de parte de la Reina.

—¿De parte de la Reina?—exclamó Manuel con el más profundo asombro. Y, anublándose visiblemente su frente:

—¿De parte de la Reina?—repitió.

—¡Imposible!

—Lo mismo decía yo en el primer momento; pero tuve que rendirme ante la evidencia. Seguí a la señora, su-

bimos en un coche y me condujo a palacio.

—¿Conoce usted a esa señora?—preguntó vivamente el joven.

—No—respondió titubeando el anciano.

—Usted la conoce, padre—replicó el joven.—¿Es la marquesa de San Marco, la baronesa de San Clemente?

El viejo sacudió la cabeza.

—¡Vamos, padre, diga usted!

—Yo creo—respondió don José con manifiesto temor de que su declaración fuese mal acogida,—yo creo que es la embajadora de Inglaterra.

—¡La embajadora de Inglaterra! ¡lady Hamilton! ¡Emma Lyon! ¿Y quién ha autorizado a esa perdida para entrometerse en nuestros asuntos?

—Hijo mío—exclamó el viejo,—no hables de ella en tales términos. Juraría que es ella la que ha pedido tu perdón a la Reina.

—¿Mi perdón a la Reina? ¡Qué dice usted, padre mío! Puesto que la Reina es la que nos hace condenar, no puede querer nuestro perdón.

—Sin embargo, yo te lo traigo, hijo mío.

—¿Usted me lo trae?

—Sí, pero con una condición.

—¡Ah!—repuso Manuel, haciendo un movimiento de desdén con los labios.—Sepamos esa condición, padre mío.

Y el joven se dejó caer sobre un escaño.

Su padre le puso la mano en el hombro.

—Es preciso que, por lo pronto, consideres, hijo mío—dijo el anciano,—cuán grande es el amor que te profeso, y en qué profunda tristeza, en qué suprema soledad me dejaría tu muerte...

—Padre mío, dígame en seguida qué condición es ésa, de lo contrario, creeré lo que ya empiezo a sospechar, que es imposible aceptarla.

—Nos iremos, hijo mío, saldremos de Italia, de Europa, si es preciso. Con tal de estar a tu lado, ¿qué me importa el rincón del mundo que habitamos?

—Confiese usted, padre mío—dijo el joven con una amarga sonrisa,—confiese usted que se exige una villanía de que usted mismo se asusta.

—Piensa en el baldón que una ejecución pública arrojará sobre nuestro nombre, ¡piensa que estás condenado a una muerte infamante!

—Es preferible una muerte infamante a una vida infame, padre mío. ¿Cuál es la condición que se me impone a trueco de mi vida?

—Piensa, hijo mío, que, haciendo lo que la Reina desea, salvas, no solamente tu vida, sino también la de tus dos compañeros.

—En fin—gritó Manuel de Deo, golpeando el suelo con el pie,—¿qué desea la Reina?

—Lo que te ha condenado, Manuel mío—dijo el anciano,—ha sido tu obstinación en no hacer revelaciones ante los jueces.

—Ciertamente, y creen que las haré ante el patíbulo. ¡Y han elegido a mi padre para venir a hacerme semejante proposición! ¡Han constituido a mi padre en emisario de oprobio!

Don José cayó de rodillas delante de su hijo, y ocultó la cabeza en su pecho.

—¡Hijo mío! ¡querido hijo mío!—exclamó.

Y prorrumpió en sollozos, en medio de los cuales sólo se oían estas palabras:

—¡Te quiero tanto! ¡Tú no sabes lo que es el amor de padre!

—¡Oh! no, pero lo sé ahora, pues veo que no se ha resistido usted a venir aquí con tal proposición. Sin duda, usted me quiere de un modo terrible, puesto que acepta mi vergüenza, la suya, la de toda la familia, a cambio de mi vida.

—Hijo mío—dijo el anciano, abrazándole,—compadécete del estado en que me ves.

—Levántese usted, padre—repuso el joven,—y escuche en pie lo que voy a decirle.

El viejo obedeció, porque él era el que suplicaba y su hijo el que mandaba.

—Parece—prosiguió Manuel de Deo,

—que la tiranía, en cuyo nombre viene usted, no se satisface con la sangre de los patriotas; parece que quiere su honor, y en compensación de la vida que me brinda, pide... ¿cuántas cabezas más?... ¿No lo sabe usted, padre mío? ¡Deberían haber fijado un número! ¡Ah! bien decía yo que nada bueno podía venir de esa mujer; y cuando usted la ha nombrado, cuando usted ha nombrado a su digna amiga, todas mis esperanzas se han desvanecido... No, no, déjeme usted morir, padre mío. ¡Oh! bien lo sé: la libertad será muy cara para Nápoles, y por afianzarla, habrá de correr mucha sangre; pero no olvide usted que la primera sangre derramada será la más honrada y la más esclarecida. Piense usted en la existencia odiosa que usted me propone. ¡Huir! ¿en qué país desconocido, en qué parte del mundo ocultaríamos nuestra vergüenza? No; calme usted su dolor, consuéllese con la certidumbre de que muero inocente y de que mi muerte es un homenaje a la lealtad. Sobrellevemos con valor, usted y yo, nuestro martirio de un instante. Día llegará en que mi nombre reclame una página gloriosa en la historia, y usted dirá con orgullo: «Ese, que yo puse en el mundo, murió de los primeros por su patria.»

—Bien, comprendo que rechaces la vida a tal precio; pero, déjame que vuelva nuevamente a la Reina para pedirle tu perdón sin necesidad de que puedas avergonzarte de haberlo aceptado. Estoy cierto de que, al verme a sus pies, al oír mis súplicas, me lo concederá.

—¡No haga usted eso, padre mío, oh, por el Cielo, no lo haga! ¿No ve usted que esa mujer camina por la senda de la perdición y que una buena obra la podría regenerar? A los tiranos les ha llegado su hora. Al igual que su hermana María Antonieta, Carolina es una adúltera y una traidora a su nación. Los amores impúdicos no la satisficían, y ha recurrido a los amores infames. Al príncipe de Caramanico, a ese valiente y leal caballero, ha sucedido un intrigante irlandés, de dudoso origen, expulsado de la marina francesa, no sé por qué odioso crimen, que

no sueña más que en cebarse con el oro napolitano, y que, vil ministro de una ramera coronada, ni siquiera tiene para herirnos el pretexto de sus particulares rencores; en fin, ese Acton es reemplazado actualmente en los favores de María Carolina, por una cortesana de baja estofa, una joven recogida por un charlatán en el arroyo de Haymarket, una prostituta que la Reina cree encumbrar hasta el trono en que se sienta, cuando, por lo contrario, desciende hasta el lupanar de donde su amiga ha salido... No, no, padre mío; no pida usted nada a esa trinidad sin alma. Hasta hoy hemos vivido puros; ¡muramos como hemos vivido!

—¡Oh, sí!—murmuró la Reina,—tú morirás, miserable! y nada en adelante podrá salvarte. ¡A Dios mismo, si viniese del cielo a pedirme tu perdón, se lo negaría! ¡Ven, Emma, ven! hemos oído lo bastante.

Y cogiéndome la mano con una especie de rugido largo rato contenido y que aumentaba a medida que bajábamos la escalera, me sacó de aquella estancia.

¡Era la primera vez que oía yo maldiciones lanzadas contra mí!

LXX

Durante el trayecto, la Reina no me dirigió ni una sola palabra; me retenía la mano en la suya, y por sus movimientos convulsivos, podía yo comprender el grado de cólera a que había llegado.

Al llegar a palacio se dejó caer en un sillón, siempre silenciosa y agitada.

Súbitamente, exclamó:
—¡Cómo me aborrecen estos odiosos napolitanos! ¿Le has oído? Pues bien, él es el intérprete de toda su generación... ¡Oh! ¡cuán satisfecha me siento de haber visto y oído todo aque-

llo!... Tenía remordimientos; quería perdonar... ¡Perdonar! ¡Que vengan ahora a pedirme gracia! Sabré lo que debo contestarles: «¡Habéis vivido puros, morid puros!» ¡oh! ¡sí, morirán, y con ellos, todos los que no doblen la cabeza y la rodilla!

Después de un instante de silencio, añadió:

—Ese comité es absurdo; nombraré otro. Se le pide treinta cabezas, y concede tres, y escoge precisamente las más jóvenes, las que, al caer, causarán más emoción en el público. Pero, por lo pronto, no caerán; los condenados no tendrán el honor de ser decapitados; serán colgados como vulgares ladrones, como asesinos de baja condición. Cuento con gente versada, y daré a esos miserables jacobinos un tribunal que no los tratará con miramientos. Vanni, Castalcicala, Guidobaldi, son hombres de mi entera confianza. Castalcicala es príncipe, y no puedo concederle un título más elevado; pero haré marqués a Vanni, conde a Guidobaldi, y los hartaré de oro para que ellos me harten de sangre.

Se levantó, semejante a Némesis, y lanzando gritos de rabia, se revolcó sobre su cama.

Yo la seguí, y arrojándome a sus pies:

—Por piedad, señora—le dije,—síguese Vuestra Majestad.

—¡Oh! ¡no poder nada contra ellos! ¡Matarlos! ¡a eso se reduce todo! Tú has visto cómo desafían a la muerte y cómo, presentándose a la manera de mártires, la llaman a voces. Dime: ¿crees que sería mejor encerrarlos en el foso de Favignana o de Marítimo?

—Sí, señora—exclamé,—es una inspiración del Cielo; tendrían tiempo de arrepentirse.

—¿Arrepentirse, ellos? ¡Jamás! Dispondrían de más tiempo para odiarme. Por otra parte, no hay ninguna prisión, por muy cerrada que esté, de la cual no sea posible la evasión. Me contaron que un preso francés, llamado Latude, se evadió tres veces de la Bastilla. No; sólo de la tumba es imposible escapar. En su suplicio, solamente será modificado el género de muerte.

—¿No teme, señora, que estalle algún tumulto?

—¡Oh, bien lo quisiera yo! quisiera una ocasión de poder incendiar a Nápoles y exterminar la tercera parte de su población. No existe de bueno más que el pueblo, no existe la fidelidad sino en los *lazzaroni*; todos los que llevan ropas de paño están contagiados por los Vico, los Genovese, los Beccaria, los Filangieri, los Pagano, los Conforti. Es una suerte el que ese Manuel de Deo no haya recriminado al pobre Caramanico; si hubiese dicho de él lo que ha dicho de Acton, le habría hecho arrancar las carnes con tenazas candentes.

Aproveché la ocasión que la Reina me ofrecía de imprimir otro curso a sus ideas.

—¿Hace mucho tiempo que no recibe Vuestra Majestad noticias tuyas? —le pregunté.

—¿Noticias de quién?

—Del príncipe de Caramanico.

—¡Oh! hace mucho tiempo que no me escribe. Cuando yo le escribo (creo que ya te lo dije en otra ocasión), es por mediación de su mujer, que se quedó en Nápoles; ella cursa mis cartas, creyendo que se trata de asuntos de Estado; pero él no me da noticias tuyas, y yo soy la primera en aconsejárselo. Aquí, no estoy segura de nadie, salvo de ti, que eres la única excepción que establezco. Si sospechasen que él se acuerda aún de mí, supondrían que quiere volver a ser primer ministro, y sabe Dios lo que entonces sucedería... Has hecho bien hablándome de él, Emma, porque me siento más sosegada... ¡Ah! ¡si él estuviese aquí!...

Y, sollozando, se abrazó a su almohada.

—¿Quiere la Reina que la ayude a meterse en la cama y que ponga a su alcance la arquilla que contiene las cartas y ramitos?

—Sí—dijo,—tú eres mi consuelo; tú sola conoces la única cosa que puede devolver la paz, la calma a mi corazón. ¡Y, sin embargo, te insultan, a ti también!

—No piense Vuestra Majestad en

mi, señora. En cuanto a mí, desgraciadamente tienen razón, porque no me reprochan nada que no sea verdad, y aun les quedo agradecida por no haberla dicho toda. No piense Vuestra Majestad, pues, en mí; piense solamente en él, que acaso a la hora presente esté pensando en Vuestra Majestad.

—¡Oh, tú estás loca! Hay allí muy hermosas sicilianas. Ya soy vieja, con mis treinta y siete años; él, a los cuarenta, continúa siendo un joven. A partir de los treinta, cada año se cuenta por dos; tú también lo sabrás algún día.

—¡Chitón, señora!—dije yo riendo,—ya lo sé. Aunque no conozco de un modo exacto la fecha de mi nacimiento, que no se cita, como la de Vuestra Majestad, en el *Almanaque de Gotha*, calculo que debo tener unos treinta y dos años, o cuando menos, treinta y uno bien cumplidos.

—Tú—dijo la Reina,—tú tienes veinte años, y, Dios me perdone, creo que nunca pasarás de esa edad.

—¿Quiere Vuestra Majestad darme la llave del bufete?

—No, es inútil. Voy a acostarme; estoy rendida; tú te sentarás cerca de mí, y hablaremos de él. Es indecible cómo me tranquiliza su solo recuerdo. No sé por qué me quejo, pues durante dos o tres años fui muy dichosa, y digaseme si hay alguna mujer, singularmente siendo Reina, que pueda contar tres años de felicidad.

Había pasado de la cólera a la agitación, y de ésta a la melancolía. La ayudé a desnudarse, y se acostó; acerqué un sillón a su cabecera, y le cogí la mano.

Entonces, aquel pecho agobiado se desahogó; durante una hora repasó mentalmente, uno tras otro, todos los más insignificantes detalles de aquellos tres años de dicha; ningún pormenor se le escapó, y por espacio de una hora, todo fué echado al olvido, hasta los insultos sangrientos que le habían sido inferidos; ¡tal es el poder de los recuerdos de un primer amor en el corazón de una mujer!

Después, lentamente, su voz se apagó, aflojó la mano, cerráronse los ojos,

y una respiración suave como la de un niño salió de sus labios, rugientes dos horas antes.

Dormía.

Consideré que, después de las emociones que acababa de recibir, su sueño sería profundo y duradero. Di órdenes en las antecámaras para que, al otro día por la mañana, nada turbase su reposo; luego, me retiré a mi gabinete, inmediato al de la Reina, dejando abierta la puerta de escape.

Al día siguiente, o más propiamente, al mismo día, 3 de octubre de 1794, la Reina se despertó a las diez, y me llamó.

Hacia unos cinco minutos que yo me había levantado, y corrí a su cama.

—En verdad—me dijo,—eres la más irresistible hechicera que jamás haya existido; tú dominas en los corazones y en las pasiones; he dormido siete horas con sueño infantil... Tú no me abandonarás nunca, ¿no es verdad? Tú eres mi ángel tutelar.

Me alargó los brazos.

Me incliné hacia ella, y la abracé.

—Pregunta si alguien ha venido a pedir audiencia—dijo.

Adiviné su pensamiento; esperaba que, a pesar de todo lo que pudo haberle dicho su hijo, aquel padre desesperado haría una nueva tentativa cerca de la Reina.

Fuí a las antecámaras y pregunté a las damas y hasta a los ujieres. No había venido nadie.

Volví al lado de la Reina, y le comuniqué el resultado de mis averiguaciones.

Al oírme, frunció el ceño.

—Ellos lo habrán querido—murmuró,—y no tendré nada que echarme en cara.

Volviéndose hacia mí, dijo:

—Te dejo libre por todo el día. Tengo que escribir varias cartas, ver a varias personas y dar muchas órdenes para mañana. Ven a las seis; esta noche salimos para Caserta.

—Y... ¿si volviese el padre?—le dije con acento de súplica.

—Si el padre volviese, veríamos—respondió,—pero, está tranquila, no volverá.

Ya en la calle, y subiendo por el lado de la iglesia de San Fernando, para llegar a la calle de Chiaia, vi mucha gente encaminarse en dirección al Castello. Di orden a mi lacayo de informarse del motivo de aquel gentío; bajó del pescante, se aproximó a un grupo, preguntó y volvió a comunicarme las noticias adquiridas.

Me pareció que los hombres que formaban el grupo de referencia me miraban con aire amenazador.

—¿Qué ocurre?—pregunté al lacayo.

—Milady—me respondió,—parece que mañana hay una ejecución capital. Están levantando el cadalso.

—¡Al hotel! ¡al hotel!—grité, ocultando la cabeza entre mis manos.

Subí a la habitación de sir Guillermo.

—¿Sabes lo que sucede?—le pregunté.

—Sí—me respondió;—parece que el tribunal ha condenado a muerte a tres jacobinos, y que mañana se los ejecuta.

—La Reina teme que se produzca alguna revuelta con motivo de esa ejecución, y nos invita a pasar el día en Caserta.

—Ve tú con ella. Yo no puedo salir de Nápoles; ¡tengo que dar al gobierno detalles de lo que ocurra, y si me encontrase en Caserta no podría estar seguro de la autenticidad de mi información!

—Espero que no asistirás al suplicio de esos desgraciados.

—No lo sé; el banquero inglés Leigh me ofrece un sitio en sus ventanas, y como reside en la plaza del Castello, puede que acepte. En todo caso, mañana por la noche, o lo más tarde, pasado por la mañana, iré a buscarte y te daré pormenores de lo que ocurra.

Me estremecí ante la idea de esos pormenores que tan tranquilamente me prometía sir Guillermo. Este, por su parte, ignorando del todo lo que había ocurrido la noche anterior, no comprendió nada de mi agitación; pero, acostumbrado a no interrogarme jamás, no me hizo ninguna pregunta.

A la hora fijada, estaba yo en pala-

cio. Había ordenado al cochero que tomase por Chiatamone y Santa Lucía para huir de la proximidad de la plaza del Castello.

Con todo, yendo a Caserta, hubimos de pasar por la calle de Toledo; pero ocupábamos un coche cerrado, y corrí las cortinas.

Pasamos sin llamar la atención de la muchedumbre; pero yo no levanté las cortinas ni respiré libremente hasta que no estuvimos en plena campiña.

No tenía yo necesidad de hacer ninguna pregunta a la Reina para saber que nadie había ido a palacio y que ella no se había visto en el caso de conceder o negar favor alguno.

Llegamos a Caserta a las siete y media de la noche. Al entrar en aquel sólido y macizo edificio, me pareció que entraba en una tumba.

Es de comprender lo triste que pasamos aquella noche; la Reina y yo estábamos bajo la presión del mismo pensamiento, y, sin embargo, ni ella ni yo queríamos hablar de lo que constituía nuestra obsesión.

Con respecto a mí, tenía constantemente ante mis ojos a los tres jóvenes, y particularmente al que, en esta tragedia, desempeñaba el papel más importante; su hermosa cabeza, sus ojos elocuentes, su voz vibrante, su ademán solemne, todo esto venía a mi memoria tan a lo vivo, que, si hubiese estado sola, no habría podido resistir al deseo de coger un lápiz y trazar en el papel toda la escena por mí presenciada.

La Reina tomó un libro; pero noté que nunca daba vuelta a las hojas, lo que me hizo creer que no leía. A cosa de las dos, nos trajeron un refrigerio; pero sólo tomamos una taza de te.

A intervalos, la Reina y yo intentábamos cambiar algunas palabras, de esas palabras indiferentes que en ausencia de las grandes preocupaciones, son el recurso de las conversaciones ordinarias; pero cada una de ellas parecía una piedra caída en un remolino y que muere en él sin producir ningún eco.

El reloj de la chimenea era de porcelana, y representaba al Tiempo ar-

mado de una guadaña. Nunca alegoría alguna fué más apropiada ni más sombría. El reloj dió sucesivamente las diez, las once y las doce; con la última vibración, hacía su entrada el día 4 de octubre, día de la ejecución.

La Reina se levantó, fué a la chimenea, alzó el globo del reloj y paró el regulador.

Se anticipaba para impedir al reloj dar las cuatro; porque a las cuatro, el péndulo debía hacer algo más que medir el tiempo; debía anunciar la eternidad.

El suplicio de los jóvenes había de ser a las cuatro; yo lo ignoraba, pero la Reina lo sabía, y estábamos ella y yo tan aferradas a la misma idea, que cuando la Reina detuvo la marcha del balancín, me sentí totalmente sobrecogida, adivinando su intención.

LXXI

No sé cómo durmió la Reina; de mí sé decir que tuve sueños horribles. Hasta el amanecer no se disiparon las visiones que invadían mi cerebro, y sólo entonces pude reconciliar el sueño.

Lo primero que vi al despertarme, fué la Reina, de pie junto a mi ventana. En la superficie del vidrio empañado con su hálito, la Reina había con la yema de sus dedos, trazado un bosquejo del calvario y dibujado en la cumbre tres cruces.

Al oírme incorporar en mi cama, sacó vivamente su pañuelo del bolsillo y enjugó el cristal.

—¡Qué fastidio!—dijo;—me he levantado temprano con la esperanza de poder dar un paseo, y he aquí que está lloviendo, lo cual acaso nos impedirá salir en todo el día.

Era un proyecto de solaz y distracción que el tiempo frustraba.

—¿Hace mucho que Vuestra Majestad está aquí?—pregunté.

—Mi Majestad está aquí desde hace una hora, puesto que Mi Majestad ha dormido muy mal. Conque, levántate, y vamos a ver lo que hacemos.

Me levanté.

—¡Ah!—dijo la Reina mirándome,—tendré el gusto de verte una vez algo menos hermosa que de ordinario. Esta mañana estás pálida y ojerosa, querida amiga.

—¡Ay! señora—respondí,—temo que esta tarde lo estaré más.

Aparentó no entender la intención de mis palabras.

—¿No has invitado a sir Guillermo para que venga a Caserta?

—Sí, señora; pero sus quehaceres le han retenido en Nápoles. Vendrá hoy, o mañana por la mañana.

—Tanto mejor—dijo la Reina, haciendo un visible esfuerzo sobre sí misma;—nos traerá noticias.

La conversación terminó en este punto.

Carolina se fué a su gabinete, y yo me levanté.

A las dos, cesó la lluvia. Se dió orden de preparar el coche, y bajamos a dar un paseo por el parque.

A medida que transcurría el tiempo, crecía de punto la agitación de la Reina. Llevó la conversación sobre el cautiverio, los sufrimientos y muerte de su hermana María Antonieta, ejecutada el 16 del mes en que habíamos entrado. Comprendí que buscaba un consuelo a los remordimientos, disculpándose en los martirios que los franceses habían hecho sufrir a una mujer que por su condición debía haber sido inviolable.

El cielo se encapotó, y regresamos al castillo. El carruaje se detuvo al pie de la escalera principal.

Carolina dió nuevo curso a la conversación.

—Esta escalera es soberbia—dijo,—y aunque no hubiese en Caserta otras cosas admirables, ella bastaría para labrar la reputación de Vantivelli.

Y, mientras subíamos, me hacía notar las preciosidades de la escalera.

Llegamos a la sala. Carolina estaba

presa de nerviosa excitación, de esas que, en ella, se resolvían en una crisis. Caminaba con paso rápido, y se habría dicho que se proponía sofocar la agitación que, contra todos sus esfuerzos, revelaba el estado de su espíritu.

De repente, al entrar en la sala, se detuvo mirando fijamente el reloj.

Este señalaba las cuatro, y en aquel preciso instante, el martillo se levantó y con vibrante sonido dió la hora.

La precaución tomada por la Reina, la víspera, había resultado inútil, y ¡caso singular! el péndulo, en el momento de aparecer la Reina, acababa de tocar la hora fatal que Carolina se había propuesto detener.

El hecho se explica, con decir que un ujier, viendo parado el reloj, lo puso en marcha: he ahí el milagro.

Si yo no me hubiese encontrado a su lado para sostenerla, creo que la Reina se habría desplomado sobre la alfombra que cubría el aposento.

Quise llamar, pero se opuso.

—¡Oh, no! no hay para qué divulgar mi debilidad. Pero, como no creo que Dios se haya entretenido en hacer un milagro con motivo de esos tres miserables jacobinos, quiero saber ese misterio del reloj. Ayúdame a recostarme en mi cama, y averígualo.

Acompañé a la Reina hasta su lecho, se tendió vestida en él, y yo salí a interrogar a los criados.

El ujier me dijo que, habiendo entrado en la cámara y visto parado el reloj, consideró deber suyo darle cuerda y ponerlo a la hora.

Volví junto a la Reina, y le di esta explicación.

Su semblante se tranquilizó, enjugó el sudor que bañaba su frente y probó a sonreír; pero fué en vano: los músculos de su cara no perdieron un átomo de rigidez.

—Al fin y al cabo—dijo mirando el reloj y viendo que eran las cuatro y media,—a esta hora todo ha terminado. Se ha dado un gran ejemplo, del que Nápoles tenía suma necesidad.

Yo no respondí.

—¿No eres de mi parecer?

—¡Ah! señora, permítame Vuestra Majestad que no tenga opinión acerca

de esas cosas terribles de la vida y de la muerte. He nacido muy lejos de aquellos a quienes Dios ha concedido el derecho de disponer de la vida ajena, lo cual jamás me ha permitido filosofar sobre tan grave cuestión. Soy mujer, y por lo tanto, una criatura débil y misericordiosa, y confieso que habría preferido que este reloj hubiese dado la hora del perdón en vez de la del suplicio.

—Pero—exclamó Carolina con vehemencia,—si este reloj ha señalado la hora del suplicio, no es culpa mía. ¿No hemos hecho, tú y yo, todos los posibles para salvarlos? ¿No esperé ayer todo el día, en Nápoles, que algún miembro de sus familias viniese a implorar por ellos? Esperé inútilmente desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, temblando de emoción cada vez que oía el ruido de pasos cerca de mi habitación. Pero, ¿qué quieres! despreciaron mi perdón; se consideran dichosos de morir por la santa causa de la libertad; se figuran que algún día Nápoles les erigirá una estatua, y en esa creencia, irán al patíbulo como mártires... ¡Estatuas en Nápoles!—añadió Carolina prorrumpiendo en una risa estridente y forzada.—Los pueblos saben destruir, pero no edificar. Quizás se derribará la estatua de los reyes, pero no será para levantar en su lugar la de los jacobinos.

Aquí, Carolina enmudeció.

Me guardé muy bien de interrumpir aquel silencio. Con la cabeza apoyada en su mano, yo contaba maquinalmente sus febriles pulsaciones, cuando de súbito repercutió bajo las bóvedas del palacio el rodar de un carruaje.

La Reina salió de su abstracción, y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Probablemente, es sir Guillermo que cumple su promesa de venir a reunirse con nosotras, respondió.

—Si es él, hazle entrar—dijo la Reina.—Tengo prisa por saber lo que ha ocurrido.

Efectivamente, era él; traía noticias, y noticias tan inesperadas, que no quiso retardar el momento de contárnoslas. Gracias a sus excelentes ca-

ballos, sólo empleó en el trayecto una hora y quince minutos.

He aquí lo que había pasado y que sir Guillermo pudo ver con sus propios ojos desde las ventanas del banquero Leigh:

Según costumbre, los *bianchi* fueron a la prisión de la Vicaría a buscar a los condenados, los cuales salieron a pie, custodiados por dos compañías de infantería y un destacamento de caballería.

En la catedral se hizo una primera parada, y luego reanudaron la marcha, subiendo a la calle de Toledo, a la que llegaron por el ángulo del palacio Maddalona.

En la calle de Toledo, los soldados tuvieron necesidad de abrir paso a la lúgubre comitiva por entre la inmensa multitud que invadía la vía pública. Los jóvenes, colocados cada uno entre dos penitentes y precedidos de un sacerdote que de vez en cuando se volvía a ellos para darles a besar el crucifijo, caminaban con paso firme, saludando a las personas conocidas, las cuales respondían al saludo agitando sus pañuelos y gritando:

—¡Adiós! ¡adiós!

A las cuatro menos cuarto, el cortejo llegó a la iglesia de San Fernando, y, pasando delante del teatro San Carlos, desembocó en la plaza del Castillo, en cuyo centro se había levantado el cadalso, con tres horcas dispuestas en forma de una H mayúscula.

Vitagliani, que iba delante y era el de más edad, gritó:

—¡Amigos! aquí tenéis el instrumento del martirio.

—¡Sea bien venido!—exclamó Manuel de Deo.—¡El martirio conduce a Dios!

—¡Y la muerte a la libertad!—añadió Gagliani, el más joven de los tres.

Estas palabras fueron recogidas, y los que las oyeron las propalaron entre la multitud.

El gentío era inmenso, y a duras penas, una hora antes de la ejecución, cuatrocientos soldados de infantería invadieron la plaza y formaron un gran cuadro vacío al pie del patíbulo.

Luego, a una voz de los oficiales, los soldados cargaron sus fusiles.

En el lado opuesto, los artilleros del castillo Nuevo enfilaron los cañones en dirección a la plaza del Castillo, y sus sirvientes se colocaron detrás de las piezas, prontos a disparar contra el público, al primer intento encaminado a libertar a los condenados.

A estas tropas se añadieron las que acompañaban a los reos.

En el momento de entrar éstos en el círculo fatal, muralla de hierro que se interponía entre ellos y la vida, empezaron a batir doce tambores, señal de que iba a comenzar el sombrío drama.

Gagliano subió el primero a la plataforma. Ya he dicho que aun no había cumplido diez y nueve años.

Al aparecer aquella juvenil cabeza, un inmenso estremecimiento recorrió de uno a otro extremo, y se oyeron algunas voces que pedían perdón.

—¿Nuestro perdón?—dijo Gagliani levantando la voz.—Nos lo han ofrecido a cambio de nuestro honor, y lo hemos rechazado.

El verdugo estaba montado en el travesano de la horca, sus ayudantes empujaron a Gagliani hacia la escalera, cuyos cinco o seis peldaños subió lentamente el reo, y le pasaron alrededor del cuello el nudo corredizo.

—¡Viva la libertad!—tuvo aun tiempo de gritar.

Pero, en el acto, el ayudante del verdugo derribó de un puntapie la escalera; el cuerpo flotó en el espacio; el verdugo saltó sobre sus hombros, el ayudante se cogió a sus pies; un grupo informe agitado con las convulsiones de la agonía, aterró un instante a los espectadores; después, el verdugo saltó al suelo, el ayudante se desprendió, y el cadáver del primer mártir, rotas las vértebras cervicales, quedó inmóvil y suspendido de la horca.

Tocaba el turno a Manuel de Deo. Subió con rapidez los peldaños de la plataforma, y pareció que buscaba con la vista a alguien entre la muchedumbre.

Entonces, en medio del silencio se oyó una voz que, con profundo acento de dolor, gritó:

—¡Soy yo a quien buscas! ¡Aquí estoy, hijo mío!

Y se vió al anciano padre de Manuel de Deo que, alzándose sobre la punta de los pies entre la multitud, inundado de lágrimas el rostro, agitaba el pañuelo, para cumplir seguramente la promesa de dar el último adiós a su hijo en aquel fatal momento.

—¡Adiós, padre mío!—gritó el joven.—Muerdo por mi patria. ¡Que mi patria se acuerde de mi muerte, y la vengue!

Y corrió hacia la escalera, la subió a reculones, presentó el cuello al siniestro nudo, y empezó el segundo acto del horrible drama.

Pero, cuando el verdugo se desplomó sobre la espalda del condenado y el ayudante se colgó a sus pies, los gritos desgarradores del viejo que se retorcía desesperadamente los brazos, levantaron un formidable clamoreo de piedad y de amenaza. Oyóse la voz de mando ¡*preparen armas!* seguida del chocar de los fusiles; en lo alto de una de las torres apareció una nube de humo, y segundos después vibró en el espacio el estampido de un cañonazo con pólvora sola; el ¡sálvese quien pueda! napolitano: ¡*Fuga!* ¡*fuga!* se escapó de millares de bocas, las filas de los soldados fueron deshechas, no con intentos de atacar, sino con afanes de huir; el verdugo, temiendo que en medio de la confusión se le escapase su última víctima, y perder en ese caso los diez ducados que cada ejecución le valía, se abalanzó, cuchillo en mano, sobre Vitagliano, y le hirió en el corazón.

Y en tanto que la muchedumbre, despavorida, huía por las numerosas calles de la plaza del Castillo, el verdugo y sus ayudantes llevaron a Vitagliano moribundo a la plataforma, donde exhaló el último suspiro, y, no pudiendo hacer otra cosa, colgaron un cadáver en vez de un hombre con vida.

Tales fueron las escenas desarrolladas, y que nos contó, con su diplomática exactitud, sir Guillermo, testigo ocular de aquel terrible episodio.